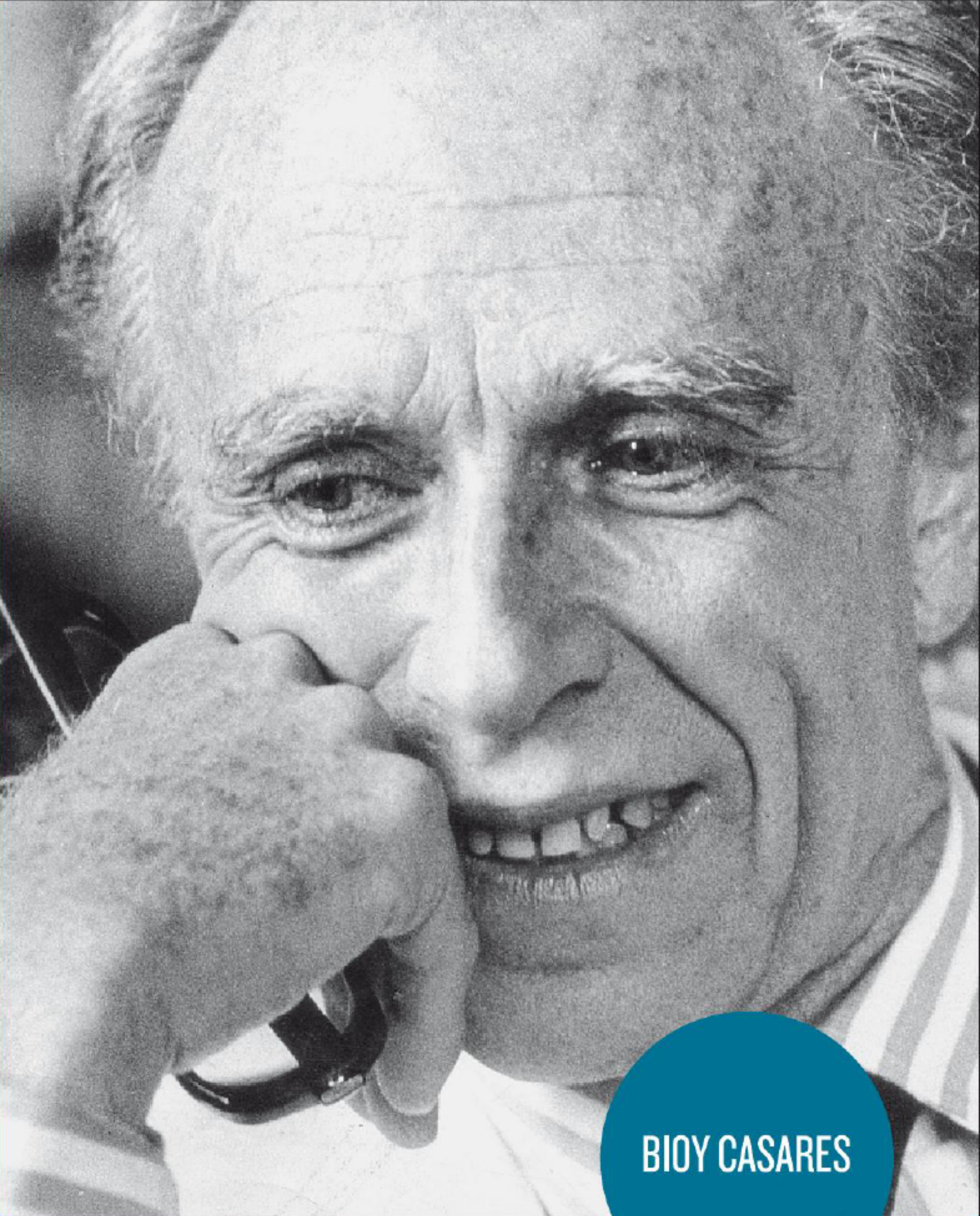




BIOY CASARES

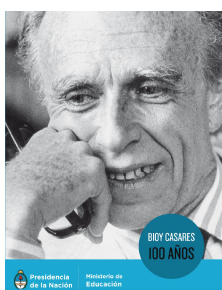
**Plan nacional
de lecturas**



Ministerio de Educación
Argentina

© Sara Josefina Demaría

Fotografía de tapa: Gentileza de Temas Grupo Editorial S. R. L.



Texto publicado por el
Plan Nacional de Lectura
en el marco de la colección
“Bioy Casares 100 años”, 2014

EL AMIGO DEL AGUA

El señor Algaroti vivía solo. Pasaba sus días entre pianos en venta (que por lo visto nadie compraba) en un local de la calle Bartolomé Mitre. A la una de la tarde y a las nueve de la noche, en una cocinita empotrada en la pared, preparaba el almuerzo y la cena que a su debido tiempo comía con desgano. A las once de la noche, en un cuarto sin ventanas, en los fondos del local, se acostaba en un catre, en el que dormía (o no) hasta las siete. A esa hora desayunaba con mate amargo y, poco después, limpiaba el local, se bañaba, se rasuraba, levantaba la cortina metálica de la vidriera y, sentado en un sillón, cuyo filoso respaldo se hundía dolorosamente en su columna vertebral, pasaba otro día a la espera de improbables clientes.

Acaso hubiera una ventaja en esta vida desocupada; acaso le diera tiempo al señor Algaroti para fijar la atención en cosas que para otros pasan inadvertidas; por ejemplo, en los murmullos del agua que cae de la canilla al lavatorio. La idea de que el agua estuviera formulando palabras le parecía, desde luego, absurda; no por ello dejó de poner atención y descubrió entonces que el agua le decía: “Gracias por escucharme”. Sin poder creer lo que estaba oyendo, aún oyó estas palabras: “Quiero decirle algo que le será útil”.

A cada rato, apoyado en el lavatorio, abría la canilla. Aconsejado por el agua, llevó, como en un sueño, una vida triunfal. Se cumplían sus deseos más descabellados; ganó dinero en cantidades enormes. Fue un hombre mimado por la suerte. Una noche, en una fiesta, una muchacha locamente enamorada lo abrazó y cubrió de besos. El agua le previno: “Soy celosa. Tendrás que elegir entre esa mujer y yo”. Se casó con la muchacha. El agua no volvió a hablarle.

Por una serie de equivocadas decisiones perdió todo lo que había ganado. Se hundió en la miseria. La mujer lo abandonó. Aunque por

aquel tiempo ya se había cansado de ella, el señor Algaroti estuvo muy abatido. Se acordó entonces de su amiga y protectora el agua y, repetidas veces, la escuchó en vano mientras caía de la canilla del lavatorio. Por fin llegó un día en que, esperanzado, creyó que el agua le hablaba. No se equivocó. Pudo oír que el agua le decía: “No te perdono lo que pasó con esa mujer. Yo te previne que soy celosa. Esta es la última vez que te hablo”.

Como estaba arruinado, quiso vender el local de la calle Bartolomé Mitre. No lo consiguió. Retomó, pues, la vida de antes. Pasó los días esperando clientes que no llegaban, sentado entre pianos, en el sillón cuyo filoso respaldo se hundía en su columna vertebral. No niego que de vez en cuando se levantara, para ir hasta el lavatorio y escuchar inútilmente el agua que soltaba la canilla abierta.

En *Una magia modesta*. Buenos Aires, Temas Grupo Editorial S.R.L., 1997.

LAS VÍSPERAS DE FAUSTO

Esa noche de junio de 1540, en la cámara de la torre, el doctor Fausto recorría los anaqueles de su numerosa biblioteca. Se detenía aquí y allá; tomaba un volumen, lo hojeaba nerviosamente, volvía a dejarlo. Por fin escogió los *Memorabilia* de Jenofonte. Colocó el libro en el atril y se dispuso a leer. Miró hacia la ventana. Algo se había estremecido afuera. Fausto dijo en voz baja: “Un golpe de viento en el bosque”. Se levantó, apartó bruscamente la cortina. Vio la noche, que los árboles agrandaban.

Debajo de la mesa dormía Señor. La inocente respiración del perro afirmaba, tranquila y persuasiva como un amanecer, la realidad del mundo. Fausto pensó en el infierno.

Veinticuatro años antes, a cambio de un invencible poder mágico, había vendido su alma al Diablo. Los años habían corrido con celeridad. El plazo expiraba a medianoche. No eran, todavía, las once.

Fausto oyó unos pasos en la escalera; después, tres golpes en la puerta. Preguntó: “¿Quién llama?”. “Yo”, contestó una voz que el monosílabo no descubría, “yo”. El doctor la había reconocido, pero sintió alguna irritación y repitió la pregunta. En tono de asombro y de reproche contestó su criado: “Yo, Wagner”. Fausto abrió la puerta. El criado entró con la bandeja, la copa de vino del Rin y las tajadas de pan y comentó con aprobación risueña lo adicto que era su amo a ese refrigerio. Mientras Wagner explicaba, como tantas veces, que el lugar era muy solitario y que esas breves pláticas lo ayudaban a pasar la noche, Fausto pensó en la complaciente costumbre, que endulza y apresura la vida, tomó unos sorbos de vino, comió unos bocados de pan y, por un instante, se creyó seguro. Reflexionó: “Si no me alejo de Wagner y del perro no hay peligro”.

Resolvió confiar a Wagner sus terrores. Luego recapacitó: “Quién sabe los comentarios que haría”. Era una persona supersticiosa (creía en la magia), con una plebeya afición por lo macabro, por lo truculento y por lo sentimental. El instinto le permitía ser vívido; la necedad, atroz. Fausto juzgó que no debía exponerse a nada que pudiera turbar su ánimo o su inteligencia.

El reloj dio las once y media. Fausto pensó: “No podrán defenderme. Nada me salvará”. Después hubo como un cambio de tono en su pensamiento; Fausto levantó la mirada y continuó: “Más vale estar solo cuando llegue Mefistófeles. Sin testigos, me defenderé mejor”. Además, el incidente podía causar en la imaginación de Wagner (y acaso también en la indefensa irracionalidad del perro) una impresión demasiado espantosa.

—Ya es tarde, Wagner. Vete a dormir.

Cuando el criado iba a llamar a Señor, Fausto lo detuvo y, con mucha ternura, despertó a su perro. Wagner recogió en la bandeja el plato del pan y la copa y se acercó a la puerta. El perro miró a su amo con ojos en que parecía arder, como una débil y oscura llama, todo el amor, toda la

esperanza y toda la tristeza del mundo. Fausto hizo un ademán en dirección de Wagner, y el criado y el perro salieron. Cerró la puerta y miró a su alrededor. Vio la habitación, la mesa de trabajo, los íntimos volúmenes. Se dijo que no estaba tan solo. El reloj dio las doce menos cuarto. Con alguna vivacidad, Fausto se acercó a la ventana y entreabrió la cortina. En el camino a Finsterwalde vacilaba, remota, la luz de un coche.

“¿Huir en ese coche!”, murmuró Fausto y le pareció que agonizaba de esperanza. Alejarse, he ahí lo imposible. No había corcel bastante rápido ni camino bastante largo. Entonces, como si en vez de la noche encontrara el día en la ventana, concibió una huida hacia el pasado, refugiarse en el año 1440; o más atrás aún: postergar por doscientos años la ineluctable medianoche. Se imaginó al pasado como a una tenebrosa región desconocida: pero, se preguntó, si antes no estuve allí ¿cómo puedo llegar ahora? ¿Cómo podía él introducir en el pasado un hecho nuevo? Vagamente recordó un verso de Agatón, citado por Aristóteles: “Ni el mismo Zeus puede alterar lo que ya ocurrió”. Si nada podía modificar el pasado, esa infinita llanura que se prolongaba del otro lado de su nacimiento era inalcanzable para él. Quedaba, todavía, una escapatoria: Volver a nacer, llegar de nuevo a la hora terrible en que vendió su alma a Mefistófeles, venderla otra vez y cuando llegara, por fin, a esta noche, correrse una vez más al día del nacimiento.

Miró el reloj. Faltaba poco para la medianoche. Quién sabe desde cuándo, se dijo, representaba su vida de soberbia, de perdición y de terrores; quién sabe desde cuándo engañaba a Mefistófeles. ¿Lo engañaba? ¿Esa interminable repetición de vidas ciegas no era su infierno?

Fausto se sintió muy viejo y muy cansado. Su última reflexión fue, sin embargo, de fidelidad hacia la vida; pensó que en ella, no en la muerte, se deslizaba, como un agua oculta, el descanso. Con valerosa indiferencia postergó hasta el último instante la resolución de huir o de quedarse. La campana del reloj sonó...

En *Obras Completas. Cuentos I. Historia prodigiosa*. Buenos Aires,
Editorial Norma S. A., 1997.

UNA COMPETENCIA

Como ustedes lo saben, yo siempre he querido vivir largamente. Por eso, con el pretexto de que trabajo en *Última hora*, visité a Eufemio Benach, en ocasión de su cumpleaños número ciento cuatro.

El famoso viejo (famoso por el momento, supongo) me recibió en su biblioteca, entre muy altos anaqueles atestados de libros. No pude reprimir la pregunta más obvia:

—¿Los ha leído a todos?

—A casi todos —admitió con un suspiro.

Una súbita inspiración me arrebató y hablé en tono declamatorio:

—A lo mejor mi exaltación le parece ridícula... pero no me negará ¡usted exprimió el jugo de la vida! Para mí, quien lea del principio al fin este montón de libros, hará de cuenta que viaja por infinidad de países, todos diferentes y todos maravillosos.

El hombre me miró con una expresión de picardía boba, un poco infantil, y dijo:

—Me alegro de que opine así. Ahora bien, permítame que no le oculte la sospecha que tengo: a usted lo trae el afán de sonsacarme el secreto de mi longevidad. No se inquiete. Lejos de estar enojado, le ofrezco en venta mi biblioteca.

Sin poder contenerme, exclamé:

—¿Para qué la quiero?

—En ella encontrará el secreto que busca.

Sobreponiéndome a un pequeño desconcierto, observé:

—Ni siquiera sé el precio que usted pide.

Respondió enseguida:

—El que yo pagué. Ni un peso más, ni un peso menos.

Cuando conseguí que dijera la cifra, quedé alelado. Con un hilo de voz inquirí:

—¿Y pone condiciones?

—Las que yo tuve que aceptar. Me parece lo más justo. Recuerde que en uno de estos volúmenes usted encontrará la revelación del secreto; yo no le diré en cuál.

—¿Se puede saber por qué? —exclamé desconcertado.

—Porque a mí no me lo dijeron.

Comprendí que estaba en sus manos, pero como la vida vale más que la plata, al día siguiente me resigné a traspasarle poco menos que la totalidad de los bienes de mi modesta fortuna.

Un viernes 13, una empresa de mudanzas trajo la imponente biblioteca a mi vieja casona de la calle Rondeau. Acomodarla fue tarea que duró una semana. Llegó por fin la hora de emprender la lectura. Aparté al azar unos cuantos volúmenes, los apilé sobre la mesa, me arrellané en mi sillón preferido, encendí la pipa, me calcé los anteojos y pasando vertiginosamente de la placidez al espanto, fui leyendo esta sucesión de títulos:

Sermones y discursos del Padre Nicolás Sancho.

Esperando a Godot de Samuel Beckett.

Ser y tiempo de Heidegger.

La nueva tormenta de Bioy Casares.

Cartas a un escéptico de Balme.

Ulysses de James Joyce.

El museo de la novela de la Eterna de Macedonio Fernández.

El hombre sin cualidades de Musil.

Aterrado grité lastimeramente:

—¿Serán todos como estos? ¡Nunca podré leerlos! ¡Prefiero suicidarme!

Corrí al teléfono y llamé a casa de Benach. Me dijeron que el señor se había ido a Europa.

Como un sonámbulo, volví sobre mis pasos. Ya un poco entonado, me dije: “Para conseguir algo bueno hay que pagarlo. Hoy empieza la gran competencia. Veremos qué llega antes... la revelación del secreto o mi muerte”.

En *Una magia modesta*. Buenos Aires, Temas Grupo Editorial S.R.L., 1997.

POSTRIMERÍAS

Cuando entró en el edificio, buscó las escaleras, para subir. Encontrarlas era difícil. Preguntaba por ellas, y algunos le contestaban: “No hay”. Otros le daban la espalda. Acababa siempre por encontrarlas y por subir otro piso. La circunstancia de que muchas veces las escaleras fueran endeble, arduas y estrechas, aumentaba su fe. En un piso había una ciudad, con plazas y calles bien trazadas. Nevaba, caía la noche. Algunas casas —eran todas de tamaño reducido— estaban iluminadas vivamente. Por las ventanas veía a hombres y mujeres de dos pies de estatura. No podía quedarse entre esos enanos. Descubrió una amplia escalinata de piedra, que lo llevó a otro piso. Este era un antecomedor, donde mozos, con chaqueta blanca y modales pésimos, limpiaban juegos de té. Sin volverse, le dijeron que había más pisos y que podía subir. Llegó a una terraza con vastos parques crepusculares, hermosos, pero un poco tristes. Una mujer, con vestido de terciopelo rojo, lo miró espantada y huyó por el enorme paisaje, meciéndose la cabellera, gimiendo. Él entendió que cuantos vivían allí estaban locos. Pudo subir otro piso. En una arquitectura propia del interior de un buque, en la que abundaban maderas y hierros pintados de blanco, halló una escalera de caracol. Subió por ella a un altito donde estaban los peroles que daban el agua caliente a los pisos de abajo. Dijo: “Sobre el fuego está el cielo” y, seguro de su destino, se agarró de un caño, para subir más. El caño se dobló, hubo un escape de vapor, que le rozó el brazo. Esto lo disuadió de seguir subiendo. Pensó: “En el cielo me quemaré”. Se preguntó a cuál de los horribles pisos inferiores debería descender. En todos él se había sentido fuera de lugar. Esto no probaba que no fuese la morada que le correspondía, porque justamente el infierno es un sitio donde uno se cree fuera de lugar.

En *Obras Completas. Cuentos I*. Guirnalda con amores. Buenos Aires, Editorial Norma S.A., 1997.

OTRO PUNTO DE VISTA

Sueño que entro en la sala de un cinematógrafo. En las primeras filas hay espectadores de cabeza muy grande; entiendo que son dioses y que el film que ven es la vida. Sentado en el fondo de la sala, de repente me veo en un rincón de la pantalla; soy espectador de mi propia vida. Entonces tengo una revelación; sé por qué un dios bueno permite que nos pasen cosas horribles. Comprendo que no importa lo que nos pase, porque no somos reales, sino un entretenimiento para los dioses, de la misma manera que los personajes de los films lo son para nosotros.

En *Una magia modesta*. Buenos Aires, Temas Grupo Editorial S.R.L., 1997.

ADOLFO BIOY CASARES

Nació en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1914; falleció el 8 de marzo de 1999. Autor de una vasta obra, su consagración le llegó en 1941 con la novela *La Invención de Morel*, prologada por Jorge Luis Borges, un vínculo que continuaría durante sus vidas y que los llevaría a escribir libros en colaboración. También escribió con Silvina Ocampo –hermana de la famosa Victoria–, su esposa desde 1940. De su intensa actividad literaria, fueron llevados al cine nacional y extranjero varios de sus cuentos y novelas.

Recibió tanto importantes premios como reconocimientos de sus pares. Para el cumpleaños número 80, Osvaldo Soriano escribió: “Bioy se incomoda si alguien lo elogia, pero no lo contradice nunca. ‘Cuando alguien dice que un libro mío es espléndido, yo, un poco por cortesía y por ser agradable, creo, por lo menos durante la visita de esa persona, que mi libro es espléndido’. Por mucho tiempo, ese recato lo colocó a la sombra de su amigo Borges. Juntos crearon un alter ego, Bustos Domecq, al que prestaron muchos cuentos excelentes. Bioy entró metódicamente a los suburbios y a los libros. Dedicó un tiempo de su vida a cada lectura y a cada barrio. Nació y vive en la Recoleta, uno de los pocos lugares de la ciudad que no se parecen a sus libros. Los personajes de sus cuentos y novelas andan por regiones más grises y ambiguas, en las que todo es posible: una noche de juerga en el apático Parque Chacabuco se vuelve aventura fantástica en el desolado pasaje Owen que apenas figura en los mapas. El de Bioy es un Buenos Aires tan sobrenatural y siniestro como las islas y los campos que imaginó en sus textos fantásticos. Tengo para mí que de todos los novelistas argentinos, Bioy es el que reúne una obra más vasta y perdurable. Es, también, el que mejores lecciones deja para quienes emprenden con algún talento el oficio de escribir. Si es que todavía hay alguien que quiera aprender algo...” [“Murió Adolfo Bioy Casares”, diario *Página 12*, martes 9 de marzo de 1999].

Entre sus obras figuran: *El sueño de los héroes* (novela, 1954), *Aventura prodigiosa* (cuentos, 1956), *Guirnalda con amores* (miscelánea, 1959), *El lado de la sombra* (cuentos, 1962), *La otra aventura* (ensayos críticos, 1968), *Diario de la guerra del cerdo* (novela, 1969), *Breve diccionario del argentino exquisito* (1971), *Dormir al sol* (novela, 1975), *El héroe de las mujeres* (cuentos, 1978), *Historias desaforadas* (cuentos, 1986), *Una magia modesta* (novela, 1997).

Leer es tu derecho.

El **Plan Nacional de Lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

**Plan nacional
de lecturas**



Ministerio de Educación
Argentina

Argentina unida